



Pico Enma María. Vía de los Parados. Primera ascensión a una vía muy difícil.

Foto Jesús Gómez

VIA DE LOS PARADOS A LA CARA SUROESTE DEL PICO ENMA MARIA

Patxo Dávila

El despertador suena insistentemente: bip, bip, bip....

Nos hacemos los dormidos y pasamos total de movernos, pero gano esta guerra absurda y es Bedia quien sale y pega un grito a los colegas que están durmiendo en la otra tienda.

Afortunadamente dicen que hace mucho viento para escalar y que ya iremos mañana.

Saco los brazos del saco y ayudo a Bedia a sujetar el techo interior de la tienda, que se ha pasado toda la noche soltándose a causa del viento, dándonos la lata y cayéndose encima de nuestras caras. Inmediatamente me vuelvo a sumergir entre plumas. Hace un frío escandaloso.

Al de unas horas empezamos una discusión de lo más tonto, sobre quién prepara hoy el desayuno y, al cabo de un rato, Alberto (el mártir de la banda) nos pasa un pote con algo caliente y ya nos animamos a movernos.

Tras desayunar, José decide bajar al Campo Base pues ha quedado con Txema para ir a la Gorra de Hielo y no quiere dejarle colgado. Pasamos la mañana tomando el sol, tirándonos puntadas unos a otros y haciendo risas.

Hacia las doce, cuando estábamos discutiendo sobre qué porquería comer, aparecen tres yanquis, dos chicos y una chica y vienen para hacer el Pico del Norte. Como nosotros lo hemos hecho hace unos días, intentan interrogarnos sobre cómo es la vía, mientras nosotros nos alucinamos con las tiendas y el material tan chachi que tienen. No sé si se aclaran de algo pues no hablan castellano y nosotros ni idea de inglés. ¡Oche!

Se van para hacer otro porteo y nos quedamos de nuevo solitos, hasta que aparecen a la tarde Jesús y Pedro, que van a ir mañana a la Gorra de Hielo.

Cenamos de mala manera y nos metemos de nuevo al saco. No puedo dormir, me como el coco con la escalada de

mañana, pues tengo miedo de no estar a la altura de mis colegas, más entrenados que yo. Miro a Bedia, que duerme como un bendito, y me da tanta envidia que durante un instante me entran ganas de despertarle.

El perro del despertador ladra de nuevo y, aunque también hoy hace viento, nos levantamos, poco a poco, palmeros de frío.

El hornillo de gasolina no quiere encenderse y nos da cantidad de guerra para preparar algo caliente.

Voy dando tropezones por la morrena como un zombi, a causa de la oscuridad y del mogollón de ropa que llevo encima, que casi no me deja moverme.

El resto del personal van como motos y me quedo retrasado hasta que los encuentro en la orilla del glaciar poniéndose los crampones. Aquí gano tiempo gracias a las modernas ataduras de los «Foot-fangs» y sigo caminando con Pedro que va tal que yo, y hacemos risas recordando

lo moradas que nos las pasamos perdidos de noche en este mismo glaciar, cuando bajamos del Pico del Norte.

Atravesamos el glaciar sin problemas y en la base de la Gorra de Hielo nos separamos de Jesús y Pedro, Nosotros tenemos que bajar todavía un poco para llegar a la base de nuestra pared.

Al amanecer estamos en la base. Sopla una ventisca que parte con todo, mientras decidimos por dónde empezar y cómo repartirnos el trabajo. Bedia tirará en la parte de mixto del principio, yo haré el corredor de hielo de la mitad superior y Alberto se encargará de la movida de buscar un itinerario para bajar.

Nos metemos en la pared por una pequeña goulotte, que subimos desencordados para ganar tiempo. Tras atarnos, seguimos por una rampa diagonal de nieve hasta llegar al collado que separa una pequeña aguja de la pared. La rampa no nos da grandes problemas salvo un paso en el que, como de costumbre, me lío y no sé por donde pasar, hasta que Alberto me lo chiva.

La roca es muy descompuesta y el largo para llegar al collado, que se pone un poco tieso, le da a Bedia un poco de guerra. Alberto y yo estamos heladitos de frío y subimos como cohetes para llegar al collado, en donde da el sol.

Aquí paramos a descansar un rato, tomar el sol y comer turrón de maní y otros vicios.

Nos cambiamos las cuerdas y nos metemos en el corredor, de nuevo a la sombra. Hay un hielo francamente asqueroso por el que subimos con ingentes cantidades de cuidado y las reuniones que montamos son un tanto precarias, ya que el hielo estalla al meter los tornillos.

En tres o cuatro largos llegamos al «coco» de la vía, que consiste en un pequeño desplome de hielo que se forma a la salida del corredor. Meto un tornillo lo más alto que puedo y me encaramo con los piolets en el desplome, magullándome mis manitas de mala manera. Voy un tanto pillado porque no me veo los pies. Alguien me pega un grito y me libra de darme un buen currito, pues estaba poniendo el pie en un trozo de hielo suelto.

Con el corazón como el motor de un fuera-borda consigo pasar y montar una reunión bastante decente en la roca y llamo a los colegas para que vengan a ponerse morenos al sol. A los muy perros no les cuesta nada pasar el desplome, con lo que dejan toda la película anterior por los suelos.

Por una trepada de tercer grado llegamos a la cumbre, donde tragamos la comida que nos queda, e inmediatamente comenzamos a bajar por la cara opuesta.

Hay un hielo francamente asqueroso por el que subimos con ingentes cantidades de cuidado.

Destrepamos por un terreno bastante malo hasta llegar a un sitio desde el que la continuación no se ve nada clara. Hacemos un rappel y ya seguimos destreando desencordados por una pared de roca muy descompuesta por la que bajo con más miedo que vergüenza. Por fin llegamos al collado que separa el Enma María de la Gorra de Hielo.

Estoy hecho polvo. Uno de los viciosos con los que voy me da unas hojas de coca para que le dé marcha a mi cuerpo destrozado; mientras las masco y descanso un poco, ellos bajan hasta el glaciar y comienzan a atravesarlo.

Cuando empiezo a bajar les veo muy lejos. Intento ir lo más rápidamente posible para alcanzarles, pues no me apetece nada que se me haga de noche en medio del glaciar. Corren como locos.

Cada vez estoy más hecho polvo. Veo una grieta y pienso: «Patxo, vete por la derecha, no te vayas a caer», pero sigo andando como un autómatas y, claro, me cuelo por el agujero. Salgo un tanto magullado sin creer todavía la suerte que he

tenido de que no fuese un poco profunda y consigo llegar tras otros dos rasponazos a la morrena donde descanso un rato y me quito los crampones, que me están matando los pies. Bajo dando traspiés hasta las tiendas, donde los yanquis me dan una infusión de «no se qué», que me repara un poco el body, y tras cenar un poco me meto en el saco.

A la mañana desmontamos todo y cargados como bestias (basura incluida) bajamos al Campamento Base.

FICHA TECNICA

PICO ENMA MARIA, 5.700 m.
Cara Suroeste.

1.ª Ascensión a la Vía de los Parados.

Dificultad: MD.

Escalada efectuada el día 19 de julio de 1983 por: José Luis Bedia, Alberto Posada y Patxo Dávila.

Material empleado:

2 cuerdas de 40 m., 3 piolets, 3 martillos piolets, 3 pares de crampones, 1 juego de fisureros excéntricos, 1 juego de friends, 3 tornillos de hielo, 1 ancla de nieve, 5 lazos de cinta y 10 mosquetones.

Foto Posada

